

Cuando, después de un largo rodeo, tomaron el camino de la fragua, Simón creía ver sangre por todas partes, hasta en el horizonte, del lado de Levante; y volvía la cara continuamente, creyendo que les seguía un hombre.... El cabello se le erizaba y sudaba el infeliz como si fueran las doce del día más caluroso del año.

—¿Lo ves!...—dijo á su mujer.—Ese muerto nos perseguirá siempre.

Al entrar en su miserable vivienda cerró bruscamente la puerta, como si un espectro le siguiera. Tardaría aún en amanecer; nadie les vió.

Aquella noche, sólo ellos y el guarda habían pisado el bosque de Chevagnes.

XXIV

No nos detendremos mucho en relatar los incidentes, sin importancia, que siguieron á la muerte del marqués, de su adicto Dionisio y de Labranche.

Nadie extrañó que á las once del día siguiente reinara todavía completo silencio en el pabellón ocupado por el señor de Taunay, porque tanto él como Dionisio, rara vez salían antes de almorzar.

A las doce el cocinero tocó la campana para anunciar la hora del almuerzo.

Nadie apareció.

Entonces llamó de nuevo.

¡El mismo resultado!

¿Qué hacer? Enviar á uno de los pinches á las habitaciones del marqués.

Este era hombre puntual.

La puerta de su aposento no estaba cerrada con llave.

Después de haber llamado, el pinche penetró en la pieza que precedía á la sala; luego se atrevió á pasar hasta la sala, y, por último, entró en el gabinete.

En esta pieza recordará el lector que fué donde Labranche colocó el cadáver de su amo, y después el de su víctima, Dionisio.

Ambos estaban rígidos.

El pinche, al verlos, dió un grito y salió corriendo como si hubiera visto al diablo.

Cuando llegó á la cocina, cayó en una silla sin fuerzas más que para decir algunas palabras inarticuladas.

—¿Qué es eso?—preguntó el jefe.

Y como no lograra arrancar al pinche sino frases confusas, decidió subir al primer piso en unión de Lucas Fargeas, que se encontraba allí casualmente, porque fué en busca de Labranche, á quien no había visto en toda la mañana.

El espectáculo que se ofreció á su vista, si no le impresionó tanto como al pinche, no dejó de emocionarle bastante.

Que el marqués hubiera muerto no era extraño.

A los ochenta y cuatro años cumplidos es de esperar esa catástrofe; pero la coincidencia de que los muertos fueran dos, era rara.

¡Nada se podía hacer ya!

La ciencia cura rara vez los enfermos, pero no consigue resucitar los muertos.

Tanto el cocinero como los demás sirvientes pensaron, y con razón, que lo prudente era llamar á la justicia y dejarlo todo tal como estaba.

Se dió parte en seguida al juez de Chateau-Chinon, que dista seis leguas de Chevagnes.

Ello es que entre unas cosas y otras, hasta la caída de la tarde no llegaron al castillo el juez de instrucción, el escribano, un médico y dos gendarmes.

En este intervalo sobrevino una nueva complicación.

Lucas Fargeas y sus compañeros fueron á su vez á llamar á la puerta del pabellón ocupado por Labranche.

Este pabellón estaba en el parque, y rodeado de árboles que lo ocultaban completamente.

Nadie daba señal de vida en el interior.

La puerta se hallaba herméticamente cerrada.

Por orden del juez la abrió un cerrajero.

La cama estaba intacta. Todo lo demás en orden también.

Pero Labranche no se hallaba allí.

El asunto adquiriría todas las apariencias de un crimen; y el doctor, aunque sin asegurar nada, para no comprometerse, inclinábase á creer que Dionisio había muerto violentamente.

Pero el asunto estaba muy oscuro; tanto

más cuanto que, si hubo crimen, no fué el robo lo que impulsara á cometerlo.

Rimeros de luises, alhajas de gran precio y billetes del Banco se hallaban esparcidos en los diferentes muebles.

La caja de caudales estaba intacta, á lo menos exteriormente.

El señor de Taunay no podía vivir sin contemplar el oro por todas partes.

Habría allí unos doce mil francos, suma no despreciable para cualquier ladrón.

Si Labranche se hubiera encontrado allí, aquellos dos muertos no hubieran despertado la menor duda, y su plan estaba lo bastante bien combinado para apartar de sí toda sospecha.

¿Pero dónde estaría? ¿Cómo y por qué había desaparecido?

El juez de instrucción era hombre de unos cuarenta años, delgado, ambicioso, que en todas partes veía criminales, y tenía á gala mostrar siempre de exceso de celo.

Interrogó uno por uno á todos los servidores del castillo, y les hizo mil preguntas que él consideraba insidiosas, y á las cuales ellos contestaron según les pareció.

El juez no tardó en enterarse de lo siguiente: que Labranche era un hombre como tantos otros, ágil de piernas, vigoroso de cuerpo, cabeza sólida, buen bebedor, provisto de buenos ojos, lengua expedita y sano, brusco é imperioso.

Por lo demás, fiel á sus deberes y dueño de la confianza de su amo.

A la pregunta:

—¿Se le conocían enemigos?

Los guardas se miraron.

—Cazadores furtivos acaso.

Ninguno de ellos se atrevió á acusar á nadie. Sin embargo, como por instinto, todos pensaron en Simón y la *Bigornia*.

El juez era tenaz.

Se acordó de las repetidas condenas impuestas al herrero.

Era una pista.

Se vió ya en posesión de una ruidosa causa, siendo objeto de la atención pública y consiguiendo el ascenso con que soñaba.

No se opuso á la provisional exhumación de los dos muertos de Chevagnes; incoó proceso verbal, obscuro como el asunto en sí, avisó en seguida al conde Oliverio, jefe á la sazón de aquella ilustre y opulenta casa, cuyo favor quería granjearse á toda costa el representante de la justicia.

Llevaba su idea.

Cuando abandonaron el castillo, el cocinero, dirigiéndose á Lucas Fargeas le dijo:

—Yo no soy procurador, pero veo claro; y os diré que Labranche era un perillán. Sabía dónde escondía el amo su hucha. Cuando el buen señor murió, él estaba allí. Le vi hablando con el marqués despues de comer. De fijo que habrá cogido la llave, vaciado la caja y se hallará, á estas horas, muy lejos de aquí con el contenido. No me gustaba, ese hombre. ¡Adulador, astuto con el amo; brutal con los demás!

Fargeas no contestó.

Desde que Solange partió, estaba taciturno, sombrío, como su casa.

Catalina y Lucas se amaban siempre, más apenas hablaban ya. El estaba hastiado de la vida, y se concretaba á cumplir con su obligación con precisión militar, pero automáticamente.

Ella vivía con el pensamiento fuera de allí; concentrando su vida en una sola idea que la hiel de sus miradas revelaba cuando las fijaba en el castillo.

El guarda se encogió de hombros, se colocó la escopeta á la espalda y se fué sin decir ni una palabra.

—¡Qué pena me dá ese pobre diablo! —dijo el cocinero.

—Así está desde que se fué su hija—observó un palafrenero.—¡No piensa más que en ella!

—¡Encantadora criatura!

—¡Demasiado hermosa para enmohecerse en estos lugares!

—No quisiera hallarme en el pellejo del galán que se la ha llevado—repuso el jefe,—si Fargeas llega á pescarlo á buena distancia de su escopeta.

—No será el padre el más feroz.

—¿Quién es el otro?

—Román Tremor. Dicen que ni come ni bebe. Dá lástima.

—Hijos míos—dijo el anciano Brodin—os ruego que no se hable tanto en la casa de la pequeña Solange.

—¿Por qué?

—Sobre todo dentro de unos días, cuando el marqués y su *factotum* Servais lleguen. Tengo sospechas, aquí par *inter nos*, de que no con ajenos al asunto. Y hombre prevenido... Ya sabeis lo demás.

—Está bien—dijo el cocinero.—Sujetaremos la lengua.

El juez, el procurador y los acompañantes, llegaron á la fragua.

El gendarme que iba á caballo junto al carruaje, detuvo al cochero y le dijo:

—Allí es.

Y precediendo á la justicia, llamo á la puerta.

—Abrid—dijo.

Un voz ronca contestó desde dentro:

—En seguida.

Era la voz de la *Bigornia*.

—No me parece de lo más conveniente venir á semejantes horas, puesto que se halla uno descansando—gruñó la mujer, levantando, por encima de la cabeza, una vela colocada en una botella.

—¡Gendarmes!—exclamó al fijarse en el uniforme del que había llamado.—¿Qué querrán? ¡Llevarnos presos!

El juez tomó la palabra y dijo gravemente:

—Venimos á interrogaros.

—¿Sobre qué, Santo Dios?

El procurador, que conocía á los Simón de larga fecha, porque les había comprado bastantes liebres, dirigió una mirada de inteli-

gencia á la mujer, que se separó humildemente.

—Entrad, pues, mis buenos señores,—dijo ella.

—¿Dónde está vuestro marido?—preguntó el juez.

—¡Ay! en su camastro, medio muerto de la enfermedad que ha adquirido en vuestras prisiones.

—¡Ah! ¿Está enfermo?—preguntó maliciosamente el juez.

—Apenas puede tenerse en pié. No sale sino á dos pasos de aquí, para respirar el aire libre. Todos los del pueblo pueden decirlo.

—Es verdad—contestó el gendarme.—Los Tremor me lo han asegurado así.

—Esos son vecinos caritativos que nos asisten en nuestra miseria.

Se mostraba más curiosa por saber lo que traía allí á tantos señores, que espantada de la presencia de los magistrados.

Simón no contestaba y permanecía inmóvil en su lecho, rendido por la fiebre.

El doctor lo pulsó y lo halló muy agitado; esto era evidente. El herrero estaba más conmovido que su mujer.

—Este pobre no hará huesos viejos—dijo al procurador.

—Han sucedido varias desgracias en Chevagnes—declamó el juez enfáticamente.

—¿En el castillo?—exclamó la Simona.

—El marqués ha fallecido.

—Contra la muerte no hay riqueza que

valga—repuso ella con la mayor naturalidad.

—Han encontrado á su ayuda de cámara muerto á su lado.

—¡El señor Dionisio! Un hombre muy afectuoso y honrado.

—Además, uno de los guardas, Vicente Labranche, ha desaparecido.

—¡Oh! Ese no se perderá—exclamó la *Bigornia*.—No os atormentéis por él, señor juez. Es un malvado.

—¿Podríais decirnos cuál es su paradero?

—No me han encargado de su guarda.

Uno de los del séquito examinaba la escopeta de Simón, un arma ordinaria y estropeada.

—No juguéis con eso—exclamó la *Bigornia*.—Podría dispararse y heriros. Está cargado para los animales que andan por estos alrededores; pero hace mucho tiempo que no sirve.

—¿Qué habeis hecho en estos últimos días?—repuso el juez.

—Lo que veis. Cuido á Simón.

—¿No teníais resentimientos con ese Labranche?

La *Bigornia* abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Resentimientos?—dijo ella.—No comprendo...

—Sí; odio más bien.

—¿Y por qué, Jesús mío?

—Porque os perseguía y acusó bastantes veces.

—¡Y éramos inocentes!

Adoptó tan candorosa actitud, que, á juzgar por las apariencias, se la hubiera podido dar la comunión sin confesarla.

El juez cayó en el garlito. El procurador gozaba con aquella escena.

—Fastídate, buen hombre—le decía desde sus adentros,—que ésta es capaz de despistar á diez como tú.

Y además, ¿qué pruebas había de que los Simones fuesen culpables?

—¿Quiere decir que no sabeis nada de lo ocurrido?—repuso el juez.

—¡Qué hemos de saber! Ese Labranche no se ha perdido; podeis estar tranquilo: á menos que no tenga una razón para no volver—dijo ella, hablando consigo misma.

—¿Qué razón?

—No la adivino; pero si yo fuera juez, trataría de saberlo. El marqués tenía en él absoluta confianza, y dicen que el buen señor atesoraba gran cantidad de escudos.

—¿Insinuais que Labranche, despues de la muerte de su amo haya podido apoderarse de esos valores y huir con ellos?

—No insinuó nada, señor mio: digo tan solo que si yo fuera de la justicia, trataría de tener una idea, y me parece que esto no es muy difícil.

—Naturalmente—dijo el gendarme.

—Muy bien razonado—observó el procurador. Vámonos. Se hace tarde. Durante el camino reflexionaremos. Este matrimonio es inocente...

—Como niños recién nacidos, señores jueces—dijo la *Bigornia* con el acento más natural del mundo. Simon es incapaz de hacer mal á nadie.

Los de la justicia salieron de la casuca.

La *Bigornia* permaneció á la ventana hasta que los otros se alejaron y no se oía nada.

—Entonces volvió al lado de Simón.

—¡Imbéciles! —exclamó.— Que busquen á ese malvado de Labranche. Yace en una fosa de la cual no podrán sacarle. ¡Nuestros serán los escudos del marqués!

—¡Pero qué quieres que hagan! —dijo Simón con filosofía.— Duerme.

A pesar de su energía, ambos *millonarios* estaban rendidos de cansancio. El carruaje de la justicia estaría apenas á una legua de la fragua, cuando ya dormían profundamente, olvidando su inútil riqueza.

Sucedió con el doble crimen de Labranche y de Simón, lo que con muchos otros.

La justicia perdió la pista y no logró saber nada.

Después del entierro del marqués y de Dionisio, el conde Oliverio, que era ya marqués de Taunay-Boulanges, cayó en la cuenta de que se había hecho una considerable sustracción; los cálculos que hizo se lo demostraron así.

Exploraron todos los rincones del castillo y concluyeron por descubrir la cueva donde el guarda asesinó al ayuda de cámara.

El robo resultó patente.

Quedaban todavía algunas monedas de oro

en el arca, que lograron abrir á fuerza de hachazos.

No había la menor duda; el malhechor había huido con el tesoro.

Era inútil lamentarse. El único remedio estaba en detener á Labranche.

Para esto el juez de instrucción de Chateau-Chinon telegrafió á todas partes. Gástaronse muchos francos y no se logró averiguar absolutamente nada.

No consiguió si no que le tacharan de incapaz para el cargo.

El marqués podía consolarse de esa pérdida, puesto que no disminuía sensiblemente su fortuna.

Dejó á Chevagnes é instalóse en su hotel de la avenida de Matignon con la marquesa.

Elena fué perdiendo tan rápida como prematuramente la frescura juvenil.

Tornóse grave, triste. Seis meses de matrimonio bastaron á darle cierta experiencia de la vida á la cual miraba con aspecto más triste.

Habiendo nacido para amar, se consideraba vejada, engañada. Sin pruebas irrecusables, comprendía las intrigas que la rodeaban, y movía la cabeza murmurando esta palabra, hija de la decepción: ¡Ya!

La imágen de Roberto de Soubray presentábase á su imaginación más á menudo de lo que ella hubiese querido; y no sin amargura, pensaba en aquella alma noble y altiva, ¡perdida ya para ella!

El marqués ofreció á Fargeas el puesto de

Labranche. Lucas lo rehusó, prefiriendo permanecer en Gué-aux-Biches.

No podía olvidar á Solange: todo le recordaba á aquella hija que amaba con pasión. El odio que sentía por quien les había hecho desgraciados, era cada vez mayor; odio que la corsa, inflexible en sus resentimientos, cuidaría de que no se extinguiera.

Tres meses después de la muerte de los dos viejos y de la desaparición de Labranche, Fargeas y Catalina estaban sentados á la puerta de su casa á eso de las seis de la tarde.

El mes de junio terminaba.

La puerta de la valla se abrió y presentóse Román Tremor.

El desdichado no era ni su sombra.

—Vengo á decir adiós—dijo.

—Y ¿adónde vais, Román?

—A París. Deje el Priorato por una temporada.

Ni Fargeas ni Catalina le preguntaron la causa de su viaje: la conocían demasiado.

—¿Y qué vais á hacer á París?

—A establecer un comercio para distraerme. Mi padre y mi hermano cultivarán las tierras. Un buen muchacho del país, que vive allí, me ha pedido algún dinero para establecerse, y lo tomaré como socio.

—No teneis necesidad de ganar dinero, Román—dijo el guarda.

—Es verdad, pero no puedo vivir aquí. En París veré mucha gente, cambiaré de aires, y luego... ¡estaré más cerca de ella!

La *Bigornia* apareció por el lado del jardín.

Hizo seña á Catalina, y ésta se acercó:

—Tengo noticias—le dijo en voz baja.

—¿Buenas?

—Sí.

La corsa, sin que nadie lo advirtiera, le estrechó la mano cariñosamente.

—Adiós, Simona—dijo Román.—Me voy mañana.

—¡Bueno! Pero no olvideis lo convenido. Nada de debilidades.

Los ojos de Román Tremor echaban chispas.

—No tengas cuidado. No aliento sino para lo que no ignoras.

—Con paciencia se llega al fin. Vive tranquilo, hijo mío, ya llegaremos.

Los Fargeas y Román cambiaron otro apretón de manos.

No se dijeron nada.

Pero se comprendían.

Las sobrecitadas pasiones de todas aquellas almas, pasiones hijas de los sucesos que acabamos de referir, iban á desencadenarse, á obrar.